

CARLOS SOLÍS: *La medicina magnética. Del Ungüento Armario al Polvo Simpático de Kenelm Digby*. Fondo de Cultura Económica de España (2011). 361 pgs.

*Eloy Rada García*

Un libro raro, si es que entendemos bien lo que se quiere decir con *rara avis* cuando algo es poco común, tirando a extraordinario. Tratándose de libros aquí hay que añadir raro y curioso, muy curioso.

Se abre con un piadoso Prefacio en el que el Autor pone al lector en el sitio y perspectiva adecuados frente a la Historia de la Ciencia. Es decir, la historia exitosa de miles de fracasos, tentativas y «derrotas entrecruzadas» sobre un mar sin caminos. Se cierra con una agradecida mirada hacia nombres que le dieron «señales», a lo largo de su propia navegación por el océano de incertidumbres tratando de comprender lo que ha llevado a la ciencia hasta el puerto-escala en que hoy fondea. Nombres como Sylvia, Susana, José M<sup>a</sup> Lucas, Juan Luis Sánchez y Violeta Solís; *¡Ehu miranda Puella, si qua fata optima sequas, Tu Solis nata eris!*

Del total de 361 páginas, las primeras 226 (primera parte del libro) están dedicadas al estudio de un movimiento científico que comprende dos siglos (finales del s. XV al último tercio del s. XVII), cuyo núcleo teórico resulta ocluido en las Historias de la Ciencia por el brillo de la ciencia posterior, que es aquella de la que nos reconocemos herederos ahora. Y sin embargo, también Kepler, Boyle o Newton estuvieron navegando por esas aguas en búsqueda de leyes de la naturaleza que les permitieran llegar a puerto. La segunda parte nos ofrece la versión del texto de K. Digby «*Discurso sobre la curación de las heridas mediante el polvo simpático*» magnánimamente traducido y anotado.

## I

El Autor dedica toda la primera parte al movimiento científico al que pertenece por entero la «Medicina Magnética». Seis capítulos van llevando al lector por los vericuetos renacentistas de este largo período: desde la exuberante figura Kenelm Digby hasta la barruntada agonía de las creencias en la Sim-

patía Universal, ya fuese esta espiritual o magnética, mística o corpuscular, que tanto da, a la hora de hacer valer el *Similia Similibus* de los curanderos.

El protagonista elegido (aunque muy bien elegido) viene a ser así un pretexto para abordar un largo problema histórico de dos siglos de forcejeos entre ciencia y creencias e imposturas de unos y credulidad, impotencia o hasta miedo de otros. En este largo recorrido el Pfr. Solís va analizando tanto los orígenes y el nacimiento como el desarrollo, expansión y vicisitudes de unas *teorías* (no solo médicas) que gozaron de aceptación muy general e impusieron prácticas y modos de pensar repletos de espíritus y magia a las sociedades del Renacimiento y después. Hecho este que parecerá impropio de tiempos de Ilustración y por ello nos resulta tan extraño, además de exigirnos un esfuerzo más que notable para comprender una mentalidad (entre personas de la mayor cultura) capaz de asumir «milagrería» en la naturaleza o, más propiamente, fuerzas ocultas cuyo dominio requería ritos, rituales, conjuros y oculta sabiduría, a falta de conocimiento y técnica adecuados. Alguien puede pensar con motivo que esto no ha desaparecido HOY TAMPOCO.

Lo dos primeros capítulos están dedicados a la figura de K. Digby, tanto a su biografía, ya de por sí suficiente para entusiasmar a cualquier amante de las novelas de aventuras, como a su perfil científico. Es uno de los precursores y finalmente co-fundador de la *Royal Society*, junto con otros notables de mediados del s. XVII. Además su figura resulta paradigmática de un tipo humano de una época en la que los vaivenes sociales, religiosos, políticos y filosóficos conviven con la efervescencia científica que rompe con la Edad Media y se adentra con toda decisión en la racionalidad moderna. Ni el autor oculta ni el lector podrá evitar la simpatía que despierta un tipo humano que, rudo y extravagante a la vez que culto y seductor, pudo acumular tantos conocimientos, tantas relaciones con sabios y tantos rasgos por demás admirables en su azarosa vida, cuyo final él mismo describió en términos de vela que se consume: «A la puesta del Sol..he encendido el pabulo con una lupa...»

Los cuatro capítulos siguientes están consagrados a la tarea heroica por casi imposible de llevar al lector a «comprender la plausibilidad científica de unas ideas que hoy nos parecen absurdas» como se nos dice en la contraportada del libro.

Primero el Autor nos presenta (capítulo.3) la ciencia paracelsiana y su contexto místico-naturalista, propio de los neoplatónicos renacentistas (Marsilio Ficino al frente), cuyo lenguaje espiritualista y místico era un fruto sincrético del neoplatonismo tardío, impregnado de nociones gnósticas, herméticas, pitagóricas y estoicas que, por otra parte, ya el escolasticismo había cristianizado tanto en su concepción trinitaria de la divinidad, como en las tríadas angélicas interpuestas como guardianes de la creación. Ni siquiera la aparente aristotelización de partes de todo el conglomerado teológico-filosófico fue suficiente para cambiar el rumbo que Filón, Plotino y Proclo dieron al mundo filosófico helenístico tardío.

El Pfr. Solís entra en el fondo de la concepción animista del Cosmos — Gran Animal de los estoicos— y estudia las diferentes versiones presentes en la época, versiones que, bajo rúbricas diferentes, mantienen la presencia de un continuo universal como alma del mundo, espíritu divino o emanado de la divinidad, fuerza o voluntad cósmica impresa por el Dios creador etc. pero siempre causa última y responsable del acontecer presente en el mundo. Para una concepción semejante el papel de la ciencia viene a consistir en la comunión-identificación del sabio con el trasfondo espiritual del mundo (una identificación mística) y eventualmente en la capacidad de manejarlo uniéndose a él. De ahí la magia, el ocultismo, los sortilegios y demás formularios que aparecen ligados a las prácticas (por de pronto médicas) de los autores que se nos presentan o a muchos de ellos.

Algo que puede sorprender al lector no familiarizado con la época ni con el carácter místico-religioso de este largo recorrido de la ciencia iniciática renacentista es que los adeptos a ella se nos presentan revestidos de una apariencia casi taumatúrgica, como mediadores entre el universo de espíritus o fuerzas de la naturaleza y la diaria realidad de los humanos que trabajan y mueren en la mísera ignorancia, aunque esto ocurra igualmente a reyes y príncipes. El Autor nos aclara meridianamente cómo y hasta dónde este rasgo naturalista impregnado de hermetismo místico era propio de la cultura recién nacida de los centros de transmisión puestos a punto en los finales de la Edad Media y que se despliegan desde finales del s. XIV en las ciudades renacentistas del Continente y luego en Inglaterra. El desfile de «sabios» de la época a lo largo del recorrido nos muestra que algunas de estas figuras ejercieron, además, una influencia o magisterio muy especial como si de «Opifices Maximi» se tratase,

(Paracelso, Van Helmont etc.) a los cuales nuestro Digby pudo pretender asimilarse.

El cp. 4 se dedica al análisis de las relaciones entre la susodicha concepción mágico-espiritualista de la naturaleza (y del universo) y la naciente concepción mecánico-atomista de inspiración galileano-cartesiana y cuyo acomodador atomista a la teología del tiempo fue Gassendi. Un drástico resumen de esta concepción de la naturaleza la dejaría convertida en «materia-atómica-infinitamente divisible-en movimiento». Pero, aunque esta concepción parezca clara y hasta contundente en Descartes, no lo es tanto en la mayor parte de los protagonistas de esta época, pues, incluso aquellos que como Newton o Boyle pudieran parecer naturalistas- corpuscularistas o mecanicistas de fondo, mantenían opiniones aún cargadas de misticismo espiritualista (acaso con la excepción de Robert Hooke). Y no digamos nada de muchos de los demás que aparecen a lo largo de estas páginas centrales del estudio que comentamos. En el fondo del pensamiento de todos ellos, y por tanto de sus controversias, siguen pesando las creencias en principios teológicos tanto o más que las «evidencias» experimentales de las recién nacidas «Sociedades Científicas». Es cierto que con los recursos teóricos del incipiente mecanicismo la óptica geométrica, p.e., o la caída de graves o la dinámica de impactos consiguen tempranamente formulaciones matemáticas relativamente fáciles de medir y de ajustar a experimentos repetibles y, con ello, formulan pautas primeras de lo que será el método experimental desde el S. XVIII y después. Pero no es lo mismo, y esto es lo que Solís nos hace ver con toda claridad, en la Química, en la Medicina, en la Farmacia, y, en general en las ciencias naturales que estudian fenómenos relacionados con la vida. Aquí las causas de los fenómenos permanecen opacas y estos inaccesibles a la medición más elemental, con lo cual los estudios, que se producen a cientos, se centran en la descripción a veces más que fantasiosa de «casos», cuya explicación llega hasta exigir principios de brujería (caso Florence N. pg 154 p.e.) o milagrerías de cualquier género. La impotencia teórica de estos intentos se hace más patente cuando tratan de «naturalizar» todos estos casos acudiendo a explicaciones atómico-corpusculares mediante la introducción de efluvios corpusculares (el *Discurso* de Digby es un ejemplo) como vehículos de acción causal semejantes a la acción de los impactos de la mecánica y mediante los cuales el *Spiritus Mundi* ejerce su acción universal en el Cosmos. Y ni siquiera así pueden prescindir del carácter simpático-magnético de la «acción» misma, como ocurre con la acción en los envenenamientos, los

encantamientos, los conjuros etc. pero también con la curación de las enfermedades de todas clases y la curación de heridas.

Todo esto es objeto de un meticuloso estudio en los caps. 5 y 6, en los cuales aborda Solís, las «Imposturas Simpáticas», primero y, «La Invisibilidad de las Refutaciones», después. El cap.5 nos pone al tanto de las imposturas de sir Knelm Digby, de quien ya sabíamos que era un ampuloso narrador de historias más bien falsas que verdaderas, a propósito de su papel en la invención del polvo simpático y su posterior divulgación por diversos lugares de la Europa continental además de en la propia Inglaterra. Y no solo esto. Se nos ofrece un panorama mucho más amplio del ambiente en que nacían y se propalaban tanto las informaciones relevantes como las «curiosidades» de los científicos en su afán por recolectar «casos» y «fenómenos» de toda índole. El cúmulo de «noticias» reales unas, asombrosas otras y hasta disparatada alguna, dieron pábulo a prolijas discusiones en los cenáculos de las «sabios» metropolitanos que trataban de saber y comprender cuanto fuera posible sobre el mundo en que vivían.

El cap.6 cierra el estudio del Pfr. Solís. Lo hace con una mirada crítica y no exenta (como el resto del estudio) de ironía. Tras ponernos al día sobre tantas peripecias «increíbles» de lo que buenamente era y se creía que era la ciencia de los siglos XVI y XVII se aplica a investigar las causas de la presencia y permanencia de tantos aparentes (y también reales) disparates como los que nos ha mostrado hasta aquí. Por eso el título «Invisibilidad de las Refutaciones».

Resumiendo demasiado destacaríamos dos causas, ambas complejas: En primer lugar habría que analizar la sociología del conocimiento en aquel momento. Por de pronto la ciencia (no eclesiástica) era un asunto de augustos mecenases que ni se podía ni se debía poner en la picota por críticos deslenguados. Era un juego de Caballeros que raramente estaba al alcance de ningún plebeyo y si lo estaba era merced del Señor. Esta forma de autoridad no es la autoridad del maestro pero apareció ya desde los días en que la Señoría de Florencia se preocupó por los problemas de la antigüedad clásica. Y las Reales Sociedades que se sumaron al movimiento no eran menos dignas de «respeto». La segunda, y más interna que la anterior, podríamos resumirla diciendo que aún no estaba disponible un método adecuado que permitiera exhibir la falsedad de afirmaciones solemnes. La finura de los métodos experimentales tardó mucho en estar a punto y ser capaz de adentrarse en los complejos procesos de

las ciencias naturales. No era fácil, por tanto, demostrar que aquellas creencias aceptadas generalmente eran puras patrañas. A lo sumo, un benévolo escepticismo (como en algunos miembros de la R.S.) permitía recibir con una sonrisa muchas de aquellas desmesuradas explicaciones. El lector acabará este capítulo con la sensación de haber leído un delicioso *remake* del cuento «El Rey está desnudo»

Del Discurso de sir Knelm Digby, última parte del libro, no diremos nada, pues sería injusto ahorrarle al lector la delicia de su lectura. Sólo nos atrevemos a garantizarle que el Polvo Simpático no podrá evitarle lo que se suele decir «morirse de risa».

E.R.